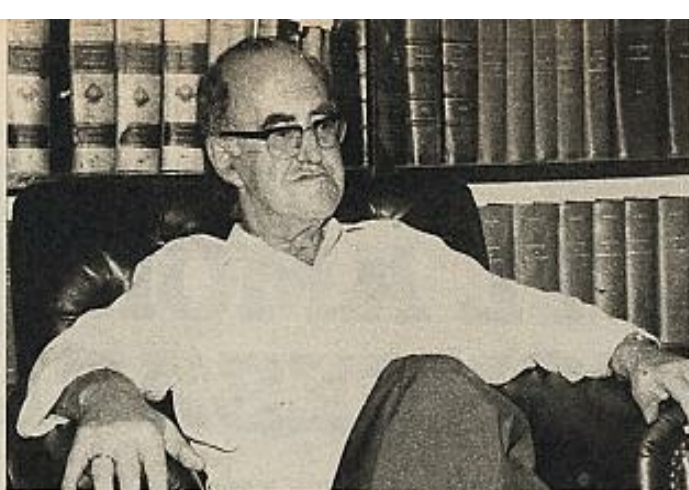


COMO un símbolo de muchas cosas, crepúsculo de los dioses de la resistencia civil durante el franquismo, don Alfonso de Cossío hacía tres años que había dejado oficialmente Sevilla para trasladarse como catedrático a Madrid. Tres años, los mismos, chispa más o menos, que una sintonía del parte acabó con todo aquello. Ya no tenía que reunirse en su casa de la calle Castelar la Mesa Democrática de Andalucía, ya no había que defender a ningún encartado en el mil uno, ya no había que ir al Gobierno Civil a pedir que cesaran las detenciones de setenta y dos mil horas en los calabozos de La Gavidía, ya no tenía que encabezar con su firma y su risa cáustica escritos dirigidos a las legales y autotituladas autoridades competentes... Parece como que si acabado un capítulo de la historia política de Sevilla, don Alfonso de Cossío, quizá el mayor defensor de la libertad y de la democracia aquí abajo en los últimos cuarenta años, hubiera querido retirarse con la sabiduría de un torero de San Bernardo, sin cortes de coleta con tjeras de plata, ni temporadas de despedida. Tan en silencio y en honradez como luchó por la libertad cogió el portante y nos dejó. Porque se nos podía dejar solos para que el PSOE ganara las elecciones, y para que Comisiones encuadrara a la Sevilla obrera, y para que también sacaran sus diputados las derechas. Las derechas, don Alfonso, usted que nunca despreció su poder en el Sur...

Muchos creían que todavía estaba en Sevilla y, conociéndole, veían como lo más natural del mundo que don Alfonso no hubiera salido diputado ni senador, no lo hubieran elegido como presi-



En las duras ayudó a todos, en las maduras pocos se acordaron de él, y ahora ha muerto Francisco de Cossío, que en reiteradas ocasiones honró nuestras páginas, dejando en ellas clara constancia de su profundo talento democrático.

Cossío, o el crepúsculo de los dioses de la resistencia civil

ANTONIO BURGOS

dente de la Junta de Andalucía.

—¿Y don Alfonso se ha retirado ya de todo esto?

No, don Alfonso no se había retirado de nada. Don Alfonso seguía siendo lo que fue, un campeón de la independencia, el último de los liberales, una sonrisa para destruir el leve poder de un mandarín local, una frase para matarnos a todos por dentro, una risa para levantar la esperanza desde el pellizco del miedo en los estados de excepción. Si la República del 31 comenzó en Sevilla con un defensor de la libertad a hombros por las calles, el capitán Cuerda paseado a los sones de "La Marsellesa", la democracia del 77 se inició con el crepúsculo de los dioses de la resistencia civil. Aquellos a los que don Alfonso había reunido en una misma mesa, liberales y co-

munistas, carlistas y socialistas, el banquete entre el banquero y el fresador, la duquesa y el dirigente de la clandestinidad, como en un folletín de la decadencia, ya estaban todos en un parlamento democrático.

Los encarcelados que él defendía de los mil uno ya estaban en las ejecutivas de las sindicales. Don Alfonso se había ido, y había tenido una muerte política en Sevilla, la muerte del alejamiento, antes de esta segunda y verdadera muerte de la que ahora nos hemos enterado:

—¿Y don Alfonso se ha retirado ya de todo esto?

Ahora, sí. Pero no se ha retirado en lo más mínimo su limpia función de resistente civil en esta Sevilla. Aún quedan otros calabozos, otros procesos, otros pliegos de firmas, otras mesas en

las que su claro ejemplo tendrá mucho que influir. Ha sido el fin de una época, porque curiosamente su llegada y su traslado de la cátedra de Derecho Civil de la Universidad de Sevilla coinciden con los años del Lagarto, Lagarto. Pero aquí ha quedado su magisterio jurídico y, sobre todo, su enseñanza humana. Era algo tan difícil como liberal a secas, tan insostenible como independiente. El, que a tantos había sentado en su mesa democrática en los años malos, no fue sentado por nadie en ningún sitio de estos apresurados y desencantados años buenos. El terrible destino del independiente, como cuando en el 31 dejó de sonar "La Marsellesa" y bajaron de sobre los hombros al capitán Cuerda. En algo tan disculpable como el futurible, pienso que si todo aquello hubiera terminado con sangre, don Alfonso hubiera sido de los que siempre van al paredón, mientras otros se ponen a salvo. Carne de liberal, carne de independiente, carne cáustica de una sonrisa y una verdad, en un tiempo donde la verdad es mal negocio. Para las duras, don Alfonso ayudó a todos. En las maduras, pocos se acordaron de él, que ya no cantan la canción, sino a los que con otros van. Gracias a don Alfonso funcionó en buena parte la Junta Democrática de Andalucía, que habría de dar paso luego a la Platajunta de Madrid, a la Comisión de los Nueve, a las elecciones de junio del 75, a esta Constitución. En el crepúsculo de los dioses de la resistencia civil, su muerte la entiendo yo como el difícil "sí" de un independiente-independiente. Para que siga siendo posible la democracia que él ayudó a forzar. ■ Foto: JOSE JULIO.

